

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



SUSCRICION

Núm. 17

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre... 3 Ptas.

Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9

Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 30 Diciembre 1886

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta * Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los correspondientes venderán por manos á los vendedores ambulantes.

BALANCE

¡Arre allá, desalmado embaucador, sacapotas bellacon, frasco de ruindades, Nerón en los hechos, Maquiavelo en las intenciones, y en el rostro brujo! ¡Arre allá, enemigo del género humano! Bárran con sus escobas tus depojos doscientas lejonas de suegras, y cojan con pinzas tu alma los diablos para hundirla en lo más hondo de las calderas en que se derrite el azúfre, la pez, el vidrio y el plomo.

Como un tirano reinaste; como un tirano fué efímero tu poder; y como un tirano pereces de todos y por todos odiado y maldecido.

Durante 365 días fuiste árbitro de la humanidad; ¡y qué de crímenes y acciones feas llevaste á cabo en este periodo! Como hijo de mala raza no podías hacer otra cosa. Descaradamente mentíste, cuando ante el cadáver de tu padre prometiste colmarnos de felicidades sin cuento. ¡Oh año 1886, y que bien te has burlado de nosotros! Esperábamos de tí nuestra ventura, y solo hemos cosechado desastres. Abusaste de nuestra credulidad, como comerciante tramposo; pero no ha de valerte el que te hayas declarado en quiebra, porque ante el Tribunal de la Historia te citamos y emplazamos para que quede eternamente consignada la perversidad de tu conducta.

De seguro que riéndote de amenazas dirás para tu capote: «¡Ah! me las den todas!» No importa, viejo zorro, no importa; ya que no puedes pagar con la piel tus fechorías, porque esa se la vá á llevar el diablo, paga al menos con la honra si algún resto de ella te sobra, á fin de que sirvas de escarmiento, y no de modelo, á tu sucesor 1887; y puesto que él por el afán de reinar sin pérdida de minuto, no repara en adir tu herencia, cargue con tus responsabilidades y venga obligado á saldar tu pasivo.

Este se reduce á una exorbitante deuda de millones que has despilarrado, y á una no menos crecida cantidad de esperanzas que nos has defraudado. No quiero apuntar números, por no consignar horrores.

Venus, madre del amor fué tu madrina, pero todo menos amor nos regalaste. Guerras, asolamientos, fieros males, como cantó el poeta, llevaste entre tus brazos, y los repartiste sin tasa entre los cinco continentes del globo. Por su parte Europa te debe entre otros gajes, los terremotos de Italia, la miseria de Irlanda, las asonadas de Bélgica, las crueles tiranías de Ru-

sia, las jugarretas de Alemania y los escándalos de Bulgaria: Y nosotros los españoles que formamos parte de este viejo continente tan favorecido por tus ruindades, te debemos tanto malestar que sería cosa de llenar protocolos el narrarlos siquiera fuese en extracto.

¡Cuántas vidas nos has arrebatado que eran corona de gloria! Cuántos proyectos has frustrado que eran prendas de dichoso porvenir! Cuando vinistes, te recibimos al son de las pandeteras y del cuerno marino, regocijados porque creíamos que ibas á segar de raíz la mala hierba que había sembrado en el mundo tu padre 1885 con sus pestes y sus bancarrotas; pero ¡ya, ya! Digote que te has lucido. Ahora solo falta que tu hijo 1887 que viene apadrinado por Saturno, Dios malhumorado si los hay, le dé el naípe por seguir tus huellas.

Veremos. Por de pronto tu has caído oyendo para tu tormento en las últimas horas de la agonía, como el mundo celebra tus funerales festejando con algazara y estruendo el advenimiento de tu hijo que nos augura grandes mudanzas de fortuna.

¿Será 1887, tan embustero como su padre 1886?

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

—¿Y quién sería el Leandro de esta hermosísima Hero?

—No sería su marido, porque el marqués está viejo.

—Y mirad que fué ocurrencia, desposarse el tal mostrenco con esa blanca paloma que está reclamando besos!

—Pues cometió el disparate, que lo pague; yo me alegro.

—¿Quieres decir que la novia...?

—A la vista lo tenemos.

Hero y Leandro te lo dicen.

—Y á más que no es un secreto, que desde que ella es marquesa no sale nunca á paseo, ni hay nadie que la haya visto jamás con los ojos secos.

—Y cuidado que el marido por ella está hecho un borrego!

El primer día de año nuevo en China

Curiosa por demás es la manera que los hijos del celeste imperio tienen, según cuenta Tin-tun-ling, de celebrar el advenimiento de año nuevo.

Empiezan el día 23 del mes último por colocar en cada ángulo del hogar dos bujías encendidas que llaman *teho*, y en medio de la sala una copa de plata, *hian-tau*, llena de ceniza, donde arrojan granos de un cierto incienso conocido con el nombre de *tion*, el cual inflamado esparce olorosas emanaciones. Dispuesta así la estancia, los chinos se postran de rodillas y elevan preces al cielo.

Los días 24 y 25 son destinados para la limpia de la casa y la renovación de los muebles deteriorados.

El día 26 todo el mundo compra en gran cantidad frutos, pasteles, *tan-pin* y bolas de arroz pintadas con cinco colores, á saber: rojo, azul, amarillo, verde y negro.

El día 27 lo emplean en ir al campo á cortar las ramas de ciprés que han de quemar en el día de año nuevo; en colocar encima de todas las puertas un cartel rojo con estas palabras: *Ta-ki*, *Ta-li*, que significan felicidad, dicha; en dibujar en los umbrales dos genios que llaman *ta-men*; y en preparar una pasta á la que dan la forma de un racimo de doce granos, en cada uno de los cuales introducen una azufaña, cociéndolo después con el vapor del agua hirviente.

En los días 28 y 29 colocan encima de una mesa bien abastecida de toda clase de frutas, un cuadro que contiene el nombre de los individuos de la familia, y encima de este cuadro un pequeño baatón donde están inscritas las palabras *ta-ki*, *ta-li*.

En la noche del día 29 cada chino prepara sus ropas de fiesta, y entonces es de ver al resplandor de miles de luces que por todas partes se mueven y brillan, cómo se agita desvelada la población, esquivando el sueño.

A las tres de horas de la madrugada el jefe de la familia vestido con el traje llamado *pauttsé*, coje el pequeño bastón que está encima de la mesa, abre la puerta y lo arroja á la calle. Luego vuelve á entrar en su casa, y tiene lugar la siguiente ceremonia. En medio del patio y encima una tabla hay un cerdo, un pollo asado, y un pequeño frasco, á cuyos lados arden dos bujías. Con un puñado de paja pone fuego á las ramas de ciprés cortadas en la víspera. Cuando se ha apagado la última brasa, tiran dentro el frasco tres pajuelas perfumadas que se consumen lentamente.

Este es el momento de orar. Doblan todos las rodillas, y con el más profundo fervor piden al cielo que les conceda la felicidad, á ellos y á sus amigos.

Terminado el ruego, toman un ligero refrijerio que consiste en comer una pasta llamada *trao-chin*, compuesta de esquisitas viandas. Inmediatamente después de comer se despiden inclinando la cabeza hasta el suelo, según costumbre, y se dirige cada uno á su casa.

Entonces empieza la alegría de los muchachos que reciben innumerables regalos consistentes en juguetes, pasteles, naranjas, *ku-tse*, y monedas de cobre.

Desde el día primero de año hasta el cinco, continúan las fiestas de familia con nunca interrumpida alegría. A las diez horas de la mañana del día cinco de Enero, cada habitante sale llevando dentro un cesto ceniza, una bujía y una pajuela perfumada, y en medio de la calle se arrodilla derramando el contenido del cesto, regresando luego á su casa sin volver el rostro. Y con esta ceremonia terminan las fiestas de año nuevo.

NUESTRAS LÁMINAS

EL VIEJO VERDE (de Bello)

Nuestro tipo hace recordar las pinturas de Goya, los sainetes de D. Ramón de la Cruz, y las sátiras del Dr. Villaroel. De las Gradas de S. Francisco viene sin duda el averiado pisaverde, á lucir sus gruesos botones y sus hebillas de plata, los pesados dijes de su reloj, el rameado chaleco de seda amarilla, la famosa tabaquera de concha con incrustaciones, la escarolada pechera, el lazo azul que ha puesto hoy á la media, y el bastón de Indias chapeado de plata. Allí se habrá dado el gusto de guiñar á las damas, contorneándose de manera que resultase bien marcado lo flexible de su tallo, y la elegancia de sus piernas.

Apostaría que en este momento se dirige á comprar algún cucurrucho de caramelitos de nacar para repartirlos esta noche entre las niñas de rebecillo que acuden á la tertulia de que es nuestro hombre asiduo concurrente.

Imp. DELCLÓS y BOSCH, Sta. Monica, 2, Pasaje

LA MUERTE DE UN TIRANO

(Páginas del Proceso del Despotismo)

(Conclusión)

ESCLAVO.—Amigo de Roma te apellidas, y la abra-saste con horrible incendio; y mientras las llamas corrían por el monte Esquilino, tú cantabas jónicos versos coronado de jazmines y violetas en lo alto de la torre Mecenás.

NERON.—Esta es mi mayor gloria. ¿Y me vituperas por esto? ¡Imbécil! Los siete cuarteles que devoró el fuego eran siete inmensos albañales, focos de corrupción, sentinas inmundas, asquerosas pocilgas indignas de la grandeza de la ciudad que todos los días recibe en su seno como esclavos reyes que, acostumbrados á las magnificencias del lujo, desdeñan el sol porque brilla menos que el más pequeño diamante de su corona. Tú no sabes, ¡qué has de saber, misero esclavo adscrito á las húmedas sombras de la gemmonia! tú no sabes que yo, augusto César, á los ediles y á los pretores me humillé hasta pedirles licencia para reformar espléndidamente aquellos hediondos barrios cuya ruina reputas de crueldad, y que pretores y ediles, por no ver derribado su ahumado techo, ó por complacer á los patricios que en aquellas calles tenían fincas en propiedad que les tributaban renta en mengua de la salud y ornato públicos, se opusieron tenazmente á mis deseos! Abrasé á Roma; corrió un mar de fuego; canté épicos versos, sí, y de ello me enorgullezco; porque Roma, la Roma de mis amores, surgió joven y hermosa de entre aquel mar de brasas. Con que, esclavo, enmudece; porque tú tampoco comprendes á Neron. ¡Ni siquiera le comprendes cuando Neron baja hasta la vileza de hablar contigo.

(Neron, en un arranque de despechado orgullo, se envuelve la cabeza con el cobertor de su lecho. Calla el esclavo; Sporus sigue llorando en un rincón; Faon se asoma á una ventana, y el otro esclavo sonríe estúpidamente.)

III

Momentos de angustioso silencio. De repente Faon lanza un grito.

FAON.—(Cerrando violentamente la ventana). ¡El mensajero viene! ¡Neron, cobra aliento!

NERON.—¡Cuán tristes penetran los rayos del sol que preceden su llegada! No espero cosa buena.

SPORUS.—¡Quién sabe! Júpiter Capitolino siempre te ha sido propicio.

NERON.—Prevenid para mí un caballo, una túnica de lino y una corona de nardos, por si el mensaje es feliz. Cavad una tumba en el patio, y preparad leña para quemar mi cuerpo y agua lustral, por si el mensaje es aciago.

FAON.—Será feliz. Tendrás el caballo, la túnica y la corona.

NERON.—Pero en tanto no descuides la tumba. Ea, esclavos, abrid el hoyo y cortad las ramas, El Capitolio ó la muerte. Ahora va á decidirse nuestro destino, y el destino del mundo. Comenzad.



Las dos familias

—¿Pues cómo no se le ocurre
viajar por el extranjero?
—Bien quiso el pobre diablo;
pero ella bajo el pretesto
de que está enferma, resiste.
—Aquí hay gato por en medio.
—¿Y sabes si hoy ha venido
á la fiesta?—Lo sospecho;
porque el marqués, del Jurado
es, según he leído, miembro.

Aquí bruscamente el diálogo
se interrumpió, porque oyendo
el son de la alegre orquesta
que advertía con sus ecos
que el acto iba á dar principio,
de pronto se deshicieron
los grupos, y en una oleada
que me aprisionó en su centro,
fui arrastrado hasta el salón
con irresistible esfuerzo.

Ni ví si era ancha la sala,
ni si su adorno severo,
ni si había mucha gente,
ni sé cómo tomé asiento.
Que zumbaba mucho ruido,
que ardía un calor de infierno,
que brillaban muchas luces,
no bien dentro mi cerebro
ó bien fuera en el espacio,
de esto si que bien me acuerdo.
De todo cuánto acababa
de oír, en mi pensamiento
más que clavados, hundidos,
guardaba estos dos conceptos;
«—¿El vendrá?—Es del Jurado.»
«—Ella vendrá?—Lo sospecho.»
Como tigre que ha sentido
un venablo dentro el cuerpo,
y con rabia de vengarse
de su escondido flechero,
mira, escudriña, rastrea,
entre el matorral espeso,
así, poseído de fiebre,
examinaba yo inquieto
si distinguir alcanzaba
entre aquel concurso inmenso,
el contorno graciosísimo,
el perfil, el busto poético,
la sombra tan solamente,
sólo un rizo del cabello,
de aquella mujer divina
ídolo de mis deseos,
tan traidora y tan amada
para mí martirio eterno.
Por más que mil y mil veces
del salón por los extremos
ansioso pasé los ojos,
no acerté con el lucero
cuyos rayos invocaba
para abrasarme con ellos.
«No vino,—pensé;—no vino.»
y en aquel mismo momento
de ira y desesperación
temblando como un poseso,
«Ahí estará su marido,
me dije, y ansio verlo.»
Y clavé la vista torva
en el alzado testero
que ocupaban los jurados.
Aunque me encontraba lejos
no bien lancé allí los ojos,
ví á un hombre enjuto y provecito
en cuyo amarillo rostro
dureza imprimía el ceño,

y de golpe y por instinto
el corazón me dió un vuelco,
y murmuré con voz sorda:
«¡Ese me ha robado el cielo!»
Toda la hiel de mis penas,
todo el odio y el veneno
concentrado en mis entrañas
puse en mis ojos, queriendo
que mis miradas ardientes
lo filtrasen en su pecho.
Alzarme, romper las filas,
al estrado llegar fiero,
y estrangular aquel hombre
entre mis crispados dedos,
¡oh! para mí hubiera sido
la dicha, el placer supremo!

Al fin terminó la fiesta
del aplauso entre el estruendo,
y caballeros y damas
abandonaron sus puestos.
Yo en el mío como estatua
de marmol, sin movimiento
quedé ignorando qué impulso
me retenía allí quieto.
El concurso desfilaba
con bullicioso concierto,
quienes graves platicando,
quienes joviales riendo,
ó prodigando saludos,
ó murmurando requiebros.
Aquella urbana alegría
me causó enojo, y frenético
salí á la calle anheloso
de respirar su aire fresco.
Invadían el arroyo,
larga barrera oponiendo,
cien lujosos carruajes
en espera de sus dueños.
Para aprovechar un punto
en que menguase el trasiego,
en un portal me detuve,
mientras descendía el resto
de la gente por la angosta
escalera del Museo.
Cuando de pronto ¡Dios santo!
¡la ví! ¡la ví! Por mi cuerpo
cruzaron haces de llamas,
vibraron todos mis nervios,
punzadas dolorosísimas
me desgarraron el pecho,
y en tropel como leones
en mi loco pensamiento
se levantaron furiosos
mil adorados recuerdos,
cada uno de ellos llevando
un abismo de deseos.
Era ella! Mi ángel! Luisa!
Era ella, sí, con su honesto
ademán, sus ojos garzos,
y su dorado cabello.

(Se continuará)

MISCELANEA

En la Edad Media hubo un juez que se hizo célebre
por sus sentencias. Si el acusado era viejo, decía:—
Colgadlo, que muchas picardías habrá hecho.

Si el acusado era joven, fallaba:—Colgadlo, que mu-
chas haría.

Un fraile que entre las beatas era conocido por el *pi-
quillo de oro*, predicando un día dijo: «Ved de cuanta
fuerza, hermanos míos, revistió Dios el brazo de San-
son, que con una quijada de asno pasó á cuchillo á seis
mil filisteos.»

(Los esclavos precipitadamente agavillan troncos, y cavan una fosa en el patio, la cual cubren con aneas baldosas de mármol).

NERON.—Hé aquí mi último lecho. Ni una urna de barro que recoja mis cenizas: ni una cítara que acompañe el canto del cisne moribundo!

FAON.—Epafrodito llegó.

NERON.—*Incorporándose en el lecho.* Entra mi fiel repostero.

EPAFRODITO.—¿Quién de vosotros es Neron? ¿Dónde está el César?

NERON.—¡Ah, ni mis amigos me conocen! El timbre de mi voz celeste, ya que no mi rostro salpicado de lodo y mi blonda cabellera desgredada, no me descubre?

FAON.—Habla, Epafrodito; ¿qué nuevas traes de Roma? Veo tu semblante, y me espantas.

EPAFRODITO.—El Senado por voto unánime acaba de espedir un decreto condenando al César.

NERON.—¿Y á qué? No te detengas. Mira que me martirizas.

EPAFRODITO.—Al suplicio de los parricidas.

FAON.—*(Con gran lamento.)* ¡Eternos dioses!

NERON.—*(Temblando y con vivísima ansiedad.)* ¿Y qué suplicio es ese? Hablad.

FAON.—Desnudo á la faz de la plebe, sujetarán tu cabeza con un cepo, y te azotarán hasta que convertido en horrorosa llaga espíres.

NERON.—¿Eso yo? ¡Ah! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Maldición sobre Roma! sobre tú Epafrodito, sobre tú Faon, sobre todos vosotros.

(Neron se arroja del lecho, y áe revuelca por el suelo mesándose los cabellos, arañándose el rostro y lanzando horribles gritos de desesperación. El eunuco Sporus llora con lastimeros sollozos).

EPAFRODITO.—César, no pierdas el tiempo en inútiles quejas. Huye; ponte en salvo. Alguien al venir aquí te hallará conocido, porque las guardias pretorianas recorren á galope estos campos en persecución tuya para prenderte y llevarte ante el Senado.

NERON.—¡Huir! ¿y á dónde? Mis piés se niegan á sostenerme; mis ojos rechazan la luz. Tengo frío, y tengo miedo. Por vez primera pruebo el sabor de las lágrimas ¡Qué amargas son! ¡Qué amargas! ¡Y qué horrorosa esta agonía! Acortémosla. Muerte, amiga mía, mi bien amada, muéstrate clemente para conmigo. Dadme un puñal.

SPORUS.—*(En ademán suplicante.)* ¡Neron! ¡Neron!

NERON.—Es mi único recurso. No queráis que me envilezca viviendo sobre este suelo execrable. Dame tu puñal, galo!

ESCLAVO.—*(Dándole el arma.)* Tómallo. Es largo y afilado: hiere como una lengua de vibora.

NERON.—*(Examinando el puñal con terror.)* Me miro en la tersa lámina de este acero, y veo mis azules ojos cargados de lágrimas. ¡Cuán bello es mi rostro, aún así pálido y alterado! Y bastará que esta fría punta penetre dos pulgadas en mi pecho, para que mi faz se transfigure con las sucias sombras de la muerte; se apague para siempre la luz serena de mis pupilas; se contraiga y torne verdosa mi rosada boca formada para vibrar besos y cánticos! No; yo no puedo resignarme á destruir en mi la obra de arte más perfecta que modelaron los dioses. La muerte es muy fea: es silencio y es negrura. La vida es muy hermosa; es armonía y resplandor. Yo soy artista: yo amo la luz: ¡Quiero vivir! Lejos, lejos de mí este puñal! *(Lo arroja con horror.)*

SPORUS.—Si, vivamos, Neron, En la clepsidra del tiempo aún no ha caído el último grano de tu existencia.

NERON.—Oh, qué dulcemente hablas, á través de tus gemidos, mi acongojado Sporus! Un hábil músico se debe á la humanidad. Esta garganta que envidiara Filomela no puede ser brutalmente rasgada. Estas blandas manos que saben arrancar tan melodiosos suspiros al arpa, no pueden crisparse en las rabiosas convulsiones de una temprana agonía. Tienes razón: joven soy, y bello, y cantor sublime. ¡Vivamos!

FAON.—Preciso es que te resuelvas prontamente á huir ocultándote en algún fiero é inexplorado paraje. Aquí no tardarán en hallarte.

EPAFRODITO.—Ni el medio de la fuga le queda Faon. De armas enemigas están erizadas todas las vías. Sólo el suicidio puede librar á Neron de la más villana de las vergüenzas y del más doloroso de los tormentos.

NERON.—*(Gimiendo.)* ¡Moriré! ¡moriré! ¡Ahoja! enseguida. Levanta tristísimos lamentos, Sporus; llora, Faon; cantad himnos trágicos, esclavos. Voy á morir. Oiga el eco de mis funerales al desvanecerme en las profundidades de la nada. ¡Pronto! ¡Un puñal á mis manos!

ESCLAVO.—Ahí tienes el mío. Con sangre de hiena lo mojé diez veces. Hiere; el golpe es seguro.

NERON.—*(Dejando caer el puñal que le ofrece el esclavo.)* Me siento cobarde. Ea, amigos, esforzadme. Sirvame alguno de vosotros de valeroso ejemplo. Desenvaina tu cuchillo y rásgate las entrañas, Epafrodito. O tú, escita, pártete el corazón con ese hierro. Enseñadme cómo se hace para morir.

ESCLAVO.—*(Recogiendo el puñal y entregándolo á Neron.)* Mujercilla pareces, y no César. Dá recio en tu pecho.

NERON.—¡Neron, ten ánimo! Basta de vergonzosas lágrimas. Sporus, mírame.

(Oyese afuera confusa gritería. estruendo de armas y el patear de numerosos caballos que se aproximan).

NERON.—«Trote impetuoso de corceles siento...» (1)

EPAFRODITO.—Es la legión de tus perseguidores que llega para encadenarte y traerte vivo á Roma á ser juguete del populacho.

NERON.—*(Con inmenso terror.)* ¿Qué dices? ¿Vivo yo á Roma? ¡No, no! ¡La muerte! ¡La muerte pronto!

FAON.—Acaba; ya relumbran las cimbras sobre las tapias del bardal. Ya invaden los soldados el patio.

(Relinchos de caballos, crujidos de lanzas y ruidosas carcajadas de las cohortes llenan de estruendo la quinta).

NERON.—*(Temblando con el puñal en la mano.)* ¡No puedo! ¡no puedo!

FAON.—Que ya suben la escalera. ¡Neron van á cojerte vivo! Aprisa; aprisa; hiérete.

NERON.—*(Llorando.)* Tengo el puñal colocado en mi garganta y me escuece su punta. Me faltan valor y fuerzas para hundirlo. Ayúdame.

FAON.—¡Por Júpiter! no seas vil. Ya entran.

NERON.—*(Con espantoso terror.)* Ahí está el cuello; ahí está el puñal. ¡Hunde el arma Epafrodito!

(Epafrodito coje rápidamente la mano con que Neron estrecha el hierro y lo clava en el cuello del Emperador. Este cae bañado en sangre.)

NERON.—¡Oh qué artista pierde Roma!

(Faon se cubre la cabeza con el manto; Sporus se desmaya y los esclavos se cruzan de brazos, sonriendo siniestramente. Entra precipitadamente en la estancia el jefe de la legión.)

LEGIONARIO.—¡Neron! ¡Neron! Vengo en tu auxilio. Esclavos, ¿dónde está el César?

ESCLAVO.—¡Mírale!

LEGIONARIO.—¡Malvados! ¿Quién le ha herido?

FAON.—*(Con voz terrible.)* La ingratitud de Roma.

(El legionario destroza su manto y restaña con él la sangre que brota de la herida de Neron.)

LEGIONARIO.—César no te mueras.

NERON.—*(Lanzando un rugido débil, y clavando en el soldado una mirada terrible.)* ¡Ah! ¿eres tú traidor?

LEGIONARIO.—*(Con ansia.)* Roma, te aguarda para aclamarte. ¡Vive! ¡Vive!

NERON.—*(Con voz más débil y con mirada más terrible.)* ¡Mientes!... ¡Ya es tardel

(Neron se aprieta nerviosamente la garganta con las manos, arroja una mirada fulgurante, ronca angustiosamente, y muere.)

LEGIONARIO.—*(Con rabia y pateando el cadáver.)* ¡He perdido cien mil sextercios! ¡Histrio! maldito seas!

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.

(1) Verso de la «Iliada» de Homero.



MIS NOVIAS

Con la baraja de amor
son seguras mis derrotas,
porque en ella hay cuatro sotas:
si una mala otra peor.

Rosa que es la mas hermosa,
cartucho de dinamita
parece; así es que maldita
la gracia que me hace Rosa.
Y aun ese genio uirano
fuera cosa de aguantar,
si no le ayudase un par
de puños que me hacen daño.
Mujeres tan estremada
en verdad, me dan temor,
pues que en juego de amor
ellas son «sotas de espadas.»

Y que dire de Pepita,
toda salero, en efecto,
pero que tiene el defecto
de espejarse en la cañita.
En entusiasmo le abisma
el dulce humor de la cepa,
y diariamente la Pepa
me levanta cada cisma...
Cuando revueltas las ropas
la veo que brinca y canta,
me escabullo: «¿Quién aguanta,
señor, tal «sota de copas?»

Lucinda también es linda,
tiene unos pies muy pequeños,
unos ojitos risueños,
y una boquita de guinda.
Pero también tiene un peca
que para mí un peca es;
baila mucho, y considera
que tiene el juicio en los pies.
Aunque barcase tesoros
arruinaria mi caja,
puesto que de mi baraja
Lucinda es la «sota de oros.»

Dolores, de mis amores,
es la mas tierna quizá,
pero tiene una mama
que me carga de dolores.
Cada vez que entro en su casa
sile a mi encuentro la harpa,
y me dice: V. no pasa
sin ir a la Vicaria.
Doy un alarzo, la vieja
lo ve, y me arroja los aratros:
yo no puedo hacer pareja
con esta «sota de bastos.»

En tan aciaga fortuna
no sé que he de hacer de fijo,
si a una de las cuatro elijo,
o me quedo sin ninguna.

Las cuatro sotas